

Entrevista a Laura Gutman

Revista Anales de la Educación Común (RA): ¿Cómo se articulan hoy el sistema educativo formal y el sistema de crianza familiar?

Laura Gutman (LG):[*] Desde mi punto de vista, ambos sistemas están en crisis, distanciados de las necesidades de los niños. Por eso es lógico que familias y escuelas estemos en cortocircuito.

RA : ¿Cuáles son los roles que desde su mirada tienen la escuela y la familia?

LG: Me resulta difícil hablar de roles, porque no sé si queremos abordar algún ideal que se nos ha extraviado para siempre, o si pretendemos mirar la realidad tal cual es. La familia no suele ser un lugar de contención, escucha, disponibilidad, mirada, nutrición ni seguridad para el niño pequeño. Luego ese niño pequeño, inseguro e insatisfecho, supuestamente tiene que escolarizarse, con muy pocos recursos emocionales. Estamos lejos, muy lejos de responder a las necesidades emocionales, anímicas, afectivas y por lo tanto, intelectuales, de los niños pequeños.

RA : ¿Cómo se pueden relacionar sin reproches mutuos? Los padres sostienen que la escuela no enseña y la institución educativa que los niños no llegan educados desde la familia. ¿Cómo se reconstruye este diálogo?

L G: No lo sé. Estamos todos fuera de lugar. Si hay algo que aún no hemos intentado, es acercar las voces de los niños pequeños, que nunca están invitados a la fiesta. Si yo tuviera que hacer una propuesta, invitaría a que cada uno, desde su lugar, se piense a sí mismo como niño pequeño e imagine qué le gustaría recibir, tanto en casa como en la escuela.

RA: Escuela y maternaje. En su libro Crianza, Violencias invisibles y adicciones sostiene que la escuela no ofrece una estructura emocional sino instrucción ¿cuál sería el rol de la escuela ante los niños que no

tienen configurada esta estructura desde el núcleo familiar?

LG: Justamente, no le compete a la escuela ofrecer estructura emocional. No puede. Eso pertenece al ámbito del “maternaje”, de la fusión emocional, y eso sucede entre un niño y un adulto, no puede suceder en “sociedad”, no puede suceder “en grupo”. Pienso que no es la escuela quien tiene que pensar variables, sino la comunidad en su conjunto: La familia extendida, los vecinos, los amigos de la familia a la cual pertenece el niño.

RA: ¿Suelen los padres depositar expectativas desmedidas en la escuela? Si ese es el caso, ¿por qué ocurre esto?

LG: Claro, es muy común. Si yo soy un adulto necesitado e infantil, que pretendo ser satisfecho como un niño –aunque ya no lo sea- es evidente que voy a descargar las responsabilidades personales en quien sea. La escuela es un lugar magnífico donde derivar esas responsabilidades que no puedo asumir. Ahora bien, como este panorama es tan común, pienso que los maestros deberíamos recibir un poco más de formación, y tener la madurez necesaria para entablar conversaciones con los padres, comprendiendo los mundos emocionales de los cuales todos provenimos. A veces, una pregunta formulada con generosidad, un acercamiento honesto, un comentario positivo, un interés genuino o una sugerencia ofrecida sin prejuicios ni opiniones adversas, puede generar en los padres un compromiso renovado respecto al niño y a su inserción escolar. Conversando, nos comprendemos más. Juzgando, nos comprendemos menos.

RA: ¿Cómo pueden los padres aprender a ser padres? En su libro *La Maternidad y el encuentro con la propia sombra* sostiene que en la sociedad contemporánea se han modificado las pautas de convivencia familiar donde ya no hay una familia extendida, una tribu que facilite la transmisión del saber sobre cómo criar a los hijos de generación en generación. ¿Cuáles son las consecuencias de esta situación?

LG: No es necesario aprender a ser padres. El problema reside en el desconocimiento que tenemos los adultos, respecto a nuestras propias

vivencias infantiles. En la ignorancia sobre la distancia emocional que hemos padecido cuando nosotros fuimos niños y en la poca conciencia que tenemos sobre cómo hemos aceitado nuestros mecanismos de defensa para sobrevivir. Hoy, esos mecanismos de supervivencia, suelen traducirse en la vida superficial que vivimos, en el miedo frente a la intimidad emocional, en la ignorancia sobre los mundos afectivos y en la distancia que necesitamos establecer para no volver a sentir ese dolor infantil que nos ha hecho tanto daño. Por eso abandonamos a los niños pequeños. Y luego, frente a ese desamor, echamos culpas afuera. Los maestros, a su vez, somos adultos que provenimos de las mismas condiciones, por eso no encontramos herramientas afectivas para acercarnos a los padres de esos niños a quienes no podemos enseñarles con comodidad ni confort, porque están ávidos de amor, disponibilidad emocional y mirada.

RA: Los textos pedagógicos clásicos daban por establecido el lugar de la mujer como maestra y enfermera porque era una extensión de la maternidad, por lo que nos preguntamos: ¿es condición querer a un alumno como se quiere a un hijo para que pueda aprender?

LG: Los textos clásicos están repletos de prejuicios y de moral mal entendida. Sin embargo, cuando trabajamos con alguien a diario o cuando acompañamos procesos de crecimiento, siempre se establece una corriente de cariño y de complicidad. Sucede entre adultos, y por supuesto, sucede entre adultos y niños. No creo que un niño necesite sentirse amado para aprender algo, pero es posible que aprenda a amar con pasión alguna materia, un deporte o una expresión artística, si siente la estimulación y el compromiso del adulto que la enseña.

RA: ¿Cómo pueden ayudar las nuevas tecnologías, las redes sociales y la web 2.0 en el proceso de crianza?

LG: Hace algunos pocos siglos, leer y escribir no era indispensable para preparar a un niño para su futuro. Con aprender el oficio de carpintero o de agricultor del padre, era suficiente. En cambio hoy en día, leer y escribir se ha convertido en una herramienta indispensable. De igual modo, la tecnología y sobre todo el acceso a internet, es ahora un recurso

infaltable. No se me ocurre cómo podríamos imaginar la preparación completa de un niño sin el uso de la tecnología. El niño quedaría afuera del intercambio con el mundo.